



PERIÓDICO CRISTIANO

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 141

SUMARIO.

La Luz.—Algo más acerca de la «noche triste» de 22 de Noviembre de 1873.—Un infalible reforma las disposiciones de otro infalible.—La fe.—Los sepuleros de los reyes de Judá.—Salmo segundo. Frustraránse los designios de los poderosos de la tierra contra Cristo y su glorioso reino.—El trabajo (cuento).—El lujo.—El campo de batalla.—Los tres amigos.—El hueso de una cereza.—Noticias.—Advertencia.

LA LUZ.

MADRID 15 DE ENERO DE 1874.

En presencia del estado angustioso por que atraviesa el país; en presencia de las dificultades materiales con que luchan muchas iglesias evangélicas españolas; en presencia del crecimiento real ó aparente de la indiferencia y de la impiedad, una cosa nos atrevemos á recomendar á nuestros hermanos en la fe: la concordia, la union, la armonía. En todas partes donde hay hombres que quieren llevar adelante un fin, se hace precisa la avenencia, para que de ella nazca la unidad de acción y de procedimiento. Si esto sucede en las empresas humanas, ¿cuánto más no será necesario que ocurra en el cristianismo? Allí se ventilan intereses humanos, y aquí intereses espirituales: allí se trata de asuntos que afectan á la vida, al tiempo, al presente: aquí de cosas que afectan á la eternidad, al tiempo futuro, á las almas inmortales.

Nos es necesaria la union. Donde no hay union, no hay fuerza; donde no hay cohesion, las moléculas se van cada una por su lado, y el cuerpo al que esto sucede, se deshace y se descompone. Esta es una ley de mecánica, á la que, así los cuerpos como los mismos actos humanos, están sujetos. Decir union, es decir fortaleza, prosperidad, fuerza, vida. En España, en distintas ocasiones, y en cuanto á la difusión del Evangelio se refiere, hemos padecido de este defecto. Los españoles hemos estremado nuestras ideas, y los extranjeros las suyas. Lo uno era consecuencia de lo otro. A veces los españoles exagerábamos nuestra natural independencia, porque algunas imposiciones extranjeras nos llegaban á lo vivo; á veces los extranjeros estremaban su proceder, porque nuestra arrogancia española heria justamente su susceptibilidad. Hemos pecado en este asunto unos y otros. Aún es hora de enmendar nuestra conducta.

En la ley de Dios no hay extranjeros ni nacionales. No hay mas que hombres que están llamados á la misma vocacion, á la misma obra, al mismo santo fin. Yo sé muy bien que como el hombre es imperfecto, tiene necesidad de medios humanos para realizar aquellos fines, y de la distinta apreciación y escogitación de estos, proceden la diversidad de pareceres, la contrariedad de

opiniones, las divergencias, en fin, y las discordias. A esto suelen unirse los defectos peculiares de las razas y los defectos peculiares de los individuos.

Contra estas tendencias particulares y estos defectos propios de unos y otros, hay en la ley divina una fórmula que lo resuelve todo, una palabra que, como la voz del Salvador, apacigua todas las tormentas: la palabra *amor*. «Nada hagais por porfia, ni por vana gloria, dice el Apóstol á los Philipenses, sino con humildad, teniendo cada uno por superiores á los otros, no atendiendo uno á las cosas que son suyas propias, sino á las de otros. Y el mismo sentimiento haya en vosotros, que hubo tambien en Jesucristo, que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpacion el ser igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo, hecho á la semejanza de los hombres y hallado en la condicion como hombre.» (Cap. II, v. 3 á 7.) ¿Aceptaremos este consejo? ¿Olvidaremos unos y otros nuestras flaquezas, nuestras debilidades, en presencia del adelantamiento del reino de Dios? ¿Se acabarán las disputas, las polémicas, y solo nos ocuparemos todos de la verdad divina? ¿Tendremos, sobre todo, *caridad, que es el vínculo de la perfeccion*? Así lo espero, y siendo así, el Evangelio en España avanzará más y ganará muchos más corazones.

ALGO MÁS

ACERCA DE LA «NOCHE TRISTE»

DEL 22 DE NOVIEMBRE DE 1873

Tomamos de un folleto publicado en Ginebra por el Pastor evangélico de aquella ciudad, Sr. Barde, los párrafos siguientes, que se refieren á las reuniones de la Alianza Evangélica en Nueva-York y al naufragio del vapor *Ville du Havre*, acontecimiento tan triste, que continúa preocupando á los más de entre nosotros:

.....«Desde el primero hasta el último día de la Asamblea presenciaron sus sesiones miles de personas, cuyo número iba siempre creciendo, de modo que fué preciso trasladar las reuniones de una gran sala primero á otra más capaz, y despues de esto á dos iglesias, en donde, durante todas las horas del día en que se pronunciaban los discursos, desde la mañana hasta la noche, el concurso de gentes continuó siendo tan grande que parecia que los oyentes jamás se cansaban de escuchar.

Era un espectáculo muy bello y animador ver á todos aquéllos miembros del cuerpo de Cristo, llamáranse como se llamaran, á todos aquéllos soldados del ejército de Jesús, fueran los que fuesen los colores que ostentaban sobre sus banderas, acercarse los unos á los otros para estrecharse las manos y conversar entre sí, cual hermanos *solicitos*, especialmente sobre la manera de «guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» y del amor cristiano. «Mirad cuán bueno y cuán

suave es habitar los hermanos tambien en uno.» (Salmo 133, v. 1.) Parecía como si el espíritu que animaba á la iglesia primitiva hubiera vuelto á inspirar aquellas reuniones, conmoviendo é impresionando hasta á los indiferentes, de tal modo, que hemos oido á varios americanos opinar que se habia principiado en esta Asamblea de la Alianza Evangélica una época nueva para la vida religiosa de su patria.

.....«En Nueva-York, el profesor Pronier, de Ginebra, se encontró con un antiguo discípulo, colega suyo ya en el ministerio evangélico, al joven Pastor de Madrid enviado á la Alianza Evangélica por la iglesia de España. Fué un gran placer para los dos el volver á verse, y desde entonces, en aquellos días, no se separaron. Gozaba el Pastor Pronier viendo en Carrasco un «Apolos elocuente y poderoso en las Escrituras,» mientras que le gustaba á Carrasco evocar con él recuerdos que le eran caros, disfrutando á la vez, como en otro tiempo, con el saber, con la piedad y con la esperiencia de su querido profesor.

Terminadas las sesiones de la Asamblea, se hicieron los preparativos para el regreso á la patria.

.....«No queremos volver á trazar el desastre de la *Ville du Havre*. Ya lo conoceis. No os haré nuevamente presenciar las escenas tan aflictivas de aquellos desgraciados orando, de aquellas familias quebrantadas, los gritos de los que invocan un socorro que no viene y que no puede venir, y la tumba móvil de las olas, cerrándose en menos de un cuarto de hora sobre 226 criaturas humanas!.... Tampoco os conduciré al buque donde 87 naufragos, los únicos sobrevivientes, han sido recogidos. Solamente busco con vosotros, en medio de ellos, á *nuestros* amigos el Pastor de Ginebra y el Pastor de Madrid.... Los busco, pero no los encuentro.... Ansiosamente tomo informes por todas partes, y las noticias que recibo solo me muestran dos viudas, la una en Madrid con tres niños, la otra en Ginebra con seis... Entonces «yo enmudezco, no abro mi boca, porque *Tú hiciste*,» (Salmo 39, v. 10).... y aunque llorando me esfuerso en no preguntar: ¿por qué, Señor?.... Entonces recuerdo las quejas del salmista de Israel: «Amados y queridos en su vida, en su muerte tampoco fueron apartados. (II Sam., I, 23.) Y volviéndome hácia los vivientes, pensando en mis amigos, en mis conciudadanos, pensando en vosotros, lectores, me siento impelido á gritar á todos los que tienen oidos para oír: «Velad, pues, porque no sabeis cuando el Señor de la casa vendrá; si á la tarde, ó á la media noche, ó al canto del gallo, ó á la mañana.» (Mateo, XIII, v. 35.) Velad.... ¡pues *no sabeis!*

Quando se sabe es cuando por lo general se vigila; cuando uno se encuentra en presencia de un peligro cierto, es cuando evita dormirse, y cuando espera todo género de peligros que no conoce, sin saber lo que puede sucederle en la hora próxima, es cuando uno se queda en pié y vela. Se acerca un enemigo muy temible, pero no se sabe por dónde va á pasar, ni de qué fuerza dispone, ni por qué lado dará sus primeros golpes. Y porque no se sepa todo eso, ¿debe el hombre dormirse? No, á menos que sea un loco. El que vela porque sabe, mucho más lo hará cuando no sabe.

Nos habla Jesús de un siervo infiel que, hallando su servicio muy penoso y la vigilia muy larga, dijo en su corazón: «Mi Señor tarda en venir, puedo obrar á mi modo,» y comenzó á herir á sus compañeros, á comer

y á beber con los borrachos. (Mateo, XXIV, v. 48 y 49.) ¿Sería posible, lectores, que este retrato fuera el vuestro? No es preciso aplicarle á vuestra vida en todo el conjunto de ella para encontrar en él vuestra imágen. El solo hábito de entregarse á la embriaguez ó á hechos de violencia no es lo que nos asemeja al siervo que no espera á su Señor y que está adormecido. Basta con que cesemos de pensar en Él y que viendo que se pasa el tiempo sin que llegue, digamos también nosotros: «Mi Señor tarda en venir...» Os pregunto, pues, invocando el acontecimiento tan solemne que acabo de recordaros: ¿Velais vosotros?

Vigilar es lo mismo que luchar; es pelear contra este poder tan tenaz que se llama el sueño, tanto como contra todas las seducciones de nuestros placeres y de nuestras diversas ocupaciones. A veces uno se adormece creyendo que está trabajando. Vigilar es tomar la posición del soldado que está sobre las armas dispuesto á disparar el primer tiro contra el enemigo. ¿Os encontráis vosotros en esta situación? ¿Estais luchando contra la indiferencia, la ligereza, el egoísmo, ó, por el contrario, os dejáis arrastrar por el curso diario de la vida, como si no fuera una lucha continua, ó como si hubiera de durar siempre? ¿El número de años que teneis detrás de vosotros creéis que pueda ser una garantía de los que todavía os aguardan? Y en cuanto á los goces, las satisfacciones que habeis gustado, ¿quién puede aseguraros que mañana, ó si no mañana, en el año próximo volveréis á gozar de ellos?

El porvenir pertenece á Dios; pero calculamos siempre como si perteneciera á nosotros. Efectivamente: esperando poder disponer de él á nuestro antojo, tomamos disposiciones, y formamos proyectos que no se realizarán quizá. Nuestros dos amigos que descansan en el fondo del Océano hasta el día de la resurrección, habrán oído la palabra del Apóstol: «batalla, buena batalla de fé» y habrán combatido; no se entregaban al sueño; pero sosteniendo varios géneros de luchas, combatían contra una posición difícil, contra los atractivos de carreras más brillantes, pero menos útiles que las suyas; y en fin, contra las tentaciones sin número, así de Satanás como del mundo y las seducciones de sus propios corazones para hacerlos desviar de sus obligaciones para con Dios en sus vocaciones de Pastores cristianos. Y Dios, que es fiel, se quedó con ellos para hacerles vencer hasta el fin.

Vigilar es mirar y tender la vista en la dirección que se supone vendrá el enemigo. El soldado que, por más que no se duerme, queda absorto en sus recuerdos y en sus desvarios, echando de ménos el pueblo donde nació y llorando la ausencia de su familia, este soldado no guarda bien el puesto que le ha sido encargado. El piloto que aunque no cierre los ojos fija la vista en la inmensidad del cielo ó mira detrás del buque el rumbo que lleva en la inmensidad del Océano, este piloto con el mejor intento de cuidar por su navío, es causa de que se vaya á pique. ¡Ah! ¿Quizá iba uno de esos pilotos á bordo del *Loch Earn* ó de la *Ville du Havre*!

.....Sea lo que fuere en cuanto á eso, es desgraciadamente muy cierto que hay muchos tales á bordo de nuestros propios navíos; quiero decir que cuando se trata de dirigir nuestra propia existencia, hay muchos entre nosotros cuyos ojos están abiertos y no ven, ó que ponen la vista precisamente en lo que harían mejor en olvidar, descuidándose á la vez en lo que solo importa fijar la atención.

Hay muchos entre nosotros semejantes á la mujer de Lot, que volvió la cabeza para ver á Sodoma encendida, descuidándose muy locamente del monte de Socono; hay muchos semejantes al siervo de Eliseo cuyos ojos despavoridos ven los carros enemigos y no descubren los carros de fuego del rescate (II Reyes, VI, 15 á 19, muchos semejantes á Demas y cual él seducidos por este siglo, que aman y escogen (II Timoteo, IV, 10), viendo solamente las cosas del mundo, y no pensando en ese cielo hácia el cual debemos dirigirnos. Aquellos miran, pero no velan; ó más bien, miran una sola cosa, que es la que les agrada y no la que les podría salvar. No hacían eso los amigos en que pensamos. Sabían que habían sido heridos como los israelitas en el desierto por las serpientes ardientes, es decir, por el pecado; pero miraban á la serpiente de metal puesta en el alto para la curación de los enfermos; miraban al Hijo del hombre levantado sobre la cruz «para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna.» Sus miradas siempre se dirigían hácia aquella cruz; uno de ellos en el momento de zozobrar pudo todavía decir: «Estamos entre las manos de Dios.» Vigilad, pues. Lectores, ¿lo haceis también vosotros?

Velar, finalmente, es esperar. Velar solamente por velar no es una vida. El que tiene la mejor, ese vigila, y el que la tiene más pura es el que espera; es el centinela que aguarda á que le releven, es el piloto que aguarda á que le reemplacen, es el vigilante nocturno que espera los primeros albores de la madrugada; es el cristiano que espera, entrando en el valle oscuro, los primeros rayos del día eterno.

¿Sois de los que velan de ese modo? No sabeis cuándo el señor de la casa vendrá á buscaros; pero á lo menos, ¿le esperais? No sabeis si será en la noche, después de un día fatigoso, es decir, después de una vida bien empleada; pero si es en el momento en que la familia está todavía reunida con vosotros, en que los amigos pueden deciros adios y despedirse de vosotros, la partida no es tan amarga.

No sabeis si será á media noche, cuando por lo regular estamos solos, cuando los amigos y los parientes se han retirado y ya no pueden conversar con nosotros. No sabeis si será á una hora más solitaria aun, al cantar el gallo, cuando se despierta la naturaleza y el pobre enfermo se queda sufriendo. Entonces es la verdadera noche para él, y más si no hay nadie cerca de él que pueda reanimar sus fuerzas, que van desfalleciendo.

No sabeis si será por la mañana á la hora en que la vida renace por doquier y en que parece hasta imposible y contradictorio que venga la muerte á apoderarse de vosotros. No sabeis si será en medio de seres queridos después de haber tenido el gusto de estrechar sus manos y de abrazar á todos, ó navegando sobre el tenebroso Océano en una noche de naufragio, sin que podais decir ni una sola palabra, ni hacer una sola oración. Es muy cierto que no sabeis nada de esto. Pero á lo menos ¿esperais? ¿esperais á Aquel que está para venir? ¿Estais dispuestos á asir su mano para ir con él, á seguirle en su cielo, á morir para vivir, no sabiendo cuándo tendreis que partir, pero sabiendo muy bien á dónde vais?

Lectores; un llamamiento muy serio os ha sido dirigido. Os suplico muy encarecidamente que no lo oigais en vano. Profundamente conmovido en presencia de aquellos muertos, enmudezco mientras que mi Salvador os dice una vez más..... y puede ser que sea la última: *Velad, pues no sabeis.*

UN INFALIBLE

reforma las disposiciones de otro infalible.

Los diarios de Alemania han dado á luz, considerándola como auténtica, una Constitución pontificia, fecha 21 de Mayo de 1873, variando las reglas seculares para la elección de Pontífice, documento que se cree adquirido á precio de oro, por el príncipe de Bismark, y que este había hecho llegar á la *Gaceta de Colonia*.

Todo el mundo recuerda que cuando la última enfermedad del Santo Padre, se afirmó que, preocupado vivamente Pío IX de los peligros que podía hacer correr á la Iglesia una larga vacante de la Santa Sede, había modificado las reglas un tanto complicadas que se observaban en la elección de los Pontífices, á fin de dar al Sacro Colegio toda la latitud posible en la elección del futuro sucesor de San Pedro.

La citada Constitución pontificia, sobre cuya autenticidad hay dudas fundadas, se apoya realmente en estos temores, y recordando la conducta de Pío VI en situación parecida, examina los medios para que el Pontífice romano sea elegido con la libertad y celeridad convenientes, derogando, en virtud de las circunstancias, una parte de los usos y ceremonias solemnes en todo aquello que no sea esencial para la validez de una elección canónica.

Así, Pío IX desliga á los cardenales de la obligación contenida en el juramento, por el cual prometen guardar lo establecido para la elección de los Papas en las Constituciones, desde Gregorio X hasta Clemente XII.

Una de estas Constituciones, la de Pablo IV, fulminaba las más fuertes censuras sobre todo aquel que, viviendo el Pontífice, y sin saberlo este, discutiese la elección de su sucesor. Pío IX anula estas censuras, y deseando conciliar el carácter sagrado de la elección de Pontífice con la prontitud necesaria en el estado actual de Roma, declara que los cardenales tienen libertad para fijar el día y sitio de la elección futura, y abolir ó mantener la claustración del cónclave.

Si el Vaticano no les ofrece seguridad, la Bula pontificia indica el Principado neutral de Mónaco, una ciudad de Francia ó la isla de Malta para la reunión del Sacro Colegio, siempre que en ella los cardenales dis-

fruten de la independencia necesaria para realizar libremente su elección.

Cualquiera que sea la autenticidad de este documento, la salud de que disfruta el Santo Padre le priva por el momento de su importancia capital.

LA FÉ.

La fé es primer fundamento de la vida cristiana, y la raíz y principio de todas las virtudes. La fé es la primera piedra sobre que se funda todo el edificio de la vida espiritual. La fé es el norte y la carta de navegar con la cual navegamos seguramente por el mar tempestuoso de este mundo. La fé nos pone delante las principales razones y motivos que tenemos para el amor y temor de Dios, que son: paraíso, infierno, juicio y pasión de nuestro Señor con todos los otros beneficios divinos. La fé nos declara más perfectamente la hermosura de la virtud y la fealdad del pecado para que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro. La fé nos descubre las celadas y artes de nuestro adversario, y nos provee de remedios saludables contra él. Y por concluir muchas cosas en pocas palabras, la fé es maestra de nuestra vida, principio de nuestra justificación, fundamento de la esperanza, sabiduría de los humildes, filosofía de los ignorantes, esfuerzo de los flacos, consuelo de los tristes, freno de los pecadores, acusadora de los malos, refugio de los buenos y tormento perpétuo de la mala conciencia. Y sobre todo esto, la fé (cuanto al conocimiento) levanta al hombre sobre la naturaleza humana y le pone en el órden de las cosas sobrenaturales y divinas: por ser ella una lumbrera sobrenatural que el Espíritu-Santo infunde en nuestras ánimas, la cual sin razones ni argumentos humanos nos inclina á creer firmemente todo lo que Dios nos tiene por medio de su Palabra revelado.—(Fray Luis de Granada.)

LOS SEPULCROS

DE LOS REYES DE JUDÁ.

Los sepulcros de los reyes de Judá se encuentran en el fondo de la llanura que se estiende al Norte de Jerusalem. Estos sepulcros subterráneos, sin ningun aparato exterior, sin cipreses, sin fuentes, parece que han sido colocados de intento fuera de la vista de los hombres como para demostrar al viajero que penetra hasta ellos toda la vanidad de las pompas mundanas. Cuando los pueblos todos del Oriente cubren al ménos con una piedra blanca las cenizas de sus muertos, la tumba de los reyes de Israel la cubre solo un polvo ceniciento y monótono como todo aquel país desierto y solitario en donde parecen concluidos los destinos, en donde la naturaleza ha muerto ántes de tiempo.

Una entrada abierta á pico perpendicularmente en la piedra viva parece haber servido siempre de vestíbulo á aquellas fúnebres bóvedas. Por el lado de Oeste se vé un hueco ó nicho muy profundo, elegantemente adornado con ligeras esculturas en las que hay caras de niños con gruesos carrillos y racimos de uvas atados con guirnalda de flores; y al final de este hueco, por la parte de Levante, se halla situada la puerta de los subterráneos. A pesar de los hundimientos que obstruyen el paso, la abertura es todavía bastante ancha para que pueda entrar por ella un hombre arrastrando, y recorrer en seguida, provisto de un hachón de resina, aquellos cuartos de piedra azulada, silenciosa morada de los reyes que dominaron en todo el territorio que se estiende desde las orillas del Eufrates hasta las fronteras de Egipto. Aquellos retiros se han convertido en asilo de murciélagos que la luz pone en movimiento y parece que salen de aquellas murallas inmóviles para formar un círculo fúnebre cuyas sombras, reflejadas en la piedra, mezclan la agitación con las ideas de la muerte y de la nada.

Los hebreos, á ejemplo de los egipcios, embalsamaban los cadáveres de sus príncipes, pero se contentaban con enterrar á la gente del pueblo, *profanum vulgus*. Asa, rey de Judá, estuvo expuesto al público en una cama imperial, y exhalaba después de su muerte un olor delicioso de mirra y aloe. En cuanto á las ceremonias fúnebres, se diferenciaban muy poco de las que hoy observan aún los pueblos del Oriente. Ya en tiempo de Abner se veían mujeres vestidas de luto al rededor del catafalco dando gritos de desesperación; lloronas de oficio que iban gritando, gesticulando, aullando, llenas de dolor á precio fijo, y desgarrando

con las manos trapos viejos. Alguna vez se cantaban tambien cánticos que componian la oracion fúnebre del difunto: David escribió el elogio de Saul; Jeremías dijo una lamentacion sobre los restos de Josías.

Pero es cosa singular que este último recuerdo depositado sobre una tumba que no debia abrirse jamás, contaminaba á todos los que habian concurrido á él. Nada de religioso tenia este ceremonial para el pueblo, sino que era como un acto profano, y se creia que las emanaciones del cadáver seguian á los que no se habian purificado á la vuelta: los sacerdotes no podian asistir sino á los funerales de sus parientes. De este modo se unió á la idea de la muerte algo de odioso y sacrilego: cuando Josías quiso abolir la idolatria, hizo quemar los huesos de los falsos sacerdotes sobre los altares de los ídolos para inspirar más horror.

Al duelo ó luto entre los israelitas acompañaba siempre el ayuno: no comian sino despues de puesto el sol, y entonces únicamente pan, agua y legumbres. Se encerraban en sus casas, sentados ó acostados en ceniza, sumidos en profundo silencio, y no alzando la voz sino para gemir ó cantar salmos de muerte. Este duelo duraba siete dias: solo Moisés y Jacob fueron los únicos por quienes se prolongó más.

Los pueblos antiguos no cuidaban como nosotros de contener sus emociones; en la alegría cantaban y bailaban en público; en la tristeza lloraban, se afligian en voz alta, hasta que su dolor se iba cambiando en suave y pensativa melancolía; en la cólera, en fin, se abandonaban enteramente al sentimiento que afectaba su alma, y se llenaban de injurias con infinito placer. Sabido es que Aquiles no perdonó ni aun al rey de los reyes.

El carácter de los pueblos varia diariamente, y los hebreos, sin embargo, parece que han conservado hasta nuestros dias todas las ideas de los primeros tiempos. Desterrados en medio del universo, se reúnen en una sola familia, conservando sus antiguas creencias, sin heregías, sin apostasias; todavía son los hijos de Salomon muy poco cuidadosos de lo presente, y esperando como siempre con grande ansia el porvenir. Todavía son aquella nacion que necesita promesas, profecías, columnas de fuego ó de humo que la guíen por el camino de la vida y quimeras que la consuelen. Ellos se agitan al rededor de sus sepulcros, y en medio de su eterna desgracia, depositan sobre una piedra fúnebre esperanzas de felicidad y de júbilo. Sin duda hay convencimiento en esta fé que tantos males no han podido destruir.

(Se continuará.)

SALMO SEGUNDO.

Frustraránse los designios de los poderosos de la tierra contra Cristo y su glorioso reino.

¿Por qué en tumulto los gentiles rugen?
¿Por qué los pueblos vanidad meditan?
Levántanse los reyes de la tierra,
Y príncipes consultan y se ligan
De Dios en contra y de su unguido: echemos
Su ley; hagamos su coyunda trizas.

Ríese en tanto y burlaráse de ellos
El Dios potente que en el cielo habita.
Entonces hablaráles indignado,
Dejándolos turbados con su ira;
Yo, sin embargo, establecí el Rey mio
Sobre mi santa de Sion colina.

Diré el decreto: Jehová me ha dicho:
Tú eres mi hijo; te engendré este dia,
Pídeme, y tu heredad la tierra toda
Y las gentes serán, para regirlas
Con férrea vara, y si rebeldes fueren,
Desmenuzarálas cual endeble arcilla.

Reyes, sed sábios; corregíos, jueces;
A Dios servid con miedo y alegría;
Al Hijo recibid, que no se enoje,
Y nécios perezcais en vuestras vías,
Cuando se encienda su furor un poco.
¡Felices todos los que en él confian!

Version de J. B. Cabrera.

EL TRABAJO.

(CUENTO.)

Ya han principiado las veladas de invierno en la granja de Guillermo. Despues del trabajo cotidiano toda la familia se reúne en torno de la lumbre, acudiendo tambien algunos vecinos, porque en esos solitarios valles de los Vosges las habitaciones son bastantes raras, por lo cual la vecindad constituye una especie de parentesco.

Allí alrededor de la lumbre, se establecen y se estrechan las amistades. El suave calor de la chimenea; la alegría de la reunion y de la palabra, traen consigo las confianzas; los corazones se abren sin sentir y se forman mil proyectos.

Algunas veces viene el tío Prudencio á la velada, no obstante que vive lejos, y entónces hay en la granja una verdadera fiesta, porque el tío Prudencio sabe más cuentos que todos los habitantes de la montaña. No solo tiene en la memoria todo lo que han contado los abuelos, sino tambien lo que dicen los libros. Sabe el origen de todas las casas antiguas y la historia de todas las familias, con los nombres de las grandes piedras cubiertas de musgo que se alzan en las alturas en forma de columnas ó de altares; en una palabra, es la tradicion viva de aquella comarca.

Además es un hombre entendido, y habiendo aprendido á leer en los corazones, muy raro es que no descubra la causa del mal que puede atormentarlos. Otros conocen remedios para las enfermedades físicas; el viejo campesino sabe algunos para las enfermedades morales.

Esta es la primera vez, despues de año nuevo, que el tío Prudencio se presenta en la granja, y todo el mundo lanza al verle un grito de alegría. Se le deja el mejor puesto cerca de la lumbre, formando círculo en torno suyo; Guillermo se sienta enfrente. El tío Prudencio se informa detenidamente de todas las personas y de todas las cosas. Pregunta cómo va la simiente y si han crecido mucho los últimos pollos. La jóven ama le responde á todo con distraccion porque la hermosa Marta piensa muy á menudo en el lugar donde ha sido criada, en los paseos por los trigos con las jóvenes risueñas que iban cogiendo flores en los cercados y de las largas conversaciones en la fuente. Por eso Marta se queda á veces con los brazos colgando y la cabeza baja meditando en lo pasado.

Tambien esta misma noche, en tanto que trabajan las demás mujeres, ella está sentada delante de su torno parado; la rueca está cargada de lino y sus distraidos dedos juegan con el pedazo de hilo que cuelga de sus rodillas.

El tío Prudencio lo ha observado con sus sagaces ojos, y sin decir palabra, porque sabe que los consejos son como las medicinas amargas que se dan á los niños: para que las tomen hay que saber escoger el medio y el momento.

Sin embargo, la familia y los vecinos le rodean diciéndole:

—Un cuento, un cuento, tío Prudencio.
El campesino se sonríe, y lanzando una mirada á Marta, que continua holgando, responde:

—¿Conque siempre tenemos lo mismo? Voy, pues, á complaceros. La última vez os hablé de aquellos tiempos en que los ejércitos de los paganos desolaban nuestras montañas; aquello era para los hombres. Hoy voy á hablar con los niños y con las mujeres; entónces nos ocupamos de César; ahora vamos á pasar á la vieja *Agua-verde*.

Todo el mundo soltó una carcajada; cada cual se acomodó en su puesto; Guillermo se dispuso á escuchar, y el tío Prudencio empezó su narracion en estos términos:

—Este no es un cuento de nodriza, es una verdadera historia, porque la aventura sucedió á nuestra abuela Carlota, que Guillermo ha conocido y que era mujer de mucho ánimo.

La abuela Carlota habia sido jóven tambien en su tiempo, lo que parecia increíble cuando se veian sus canas y su nariz engarabada siempre en conversacion con su barba; pero los de su época decian que no habia habido muchacha más alegre en la comarca.

Desgraciadamente Carlota se habia quedado sola con su padre á la cabeza de una hacienda con más deudas que rentas; tanto que la pobre jóven,

que no habia tenido nunca semejantes cuidados, llegó á desfallecer y no hacia nada pensando en querer hacerlo todo á un tiempo.

Un dia, pues, que estaba sentada á la puerta con las manos en el delantal, principió á reflexionar de esta manera:

—Dios me perdone; pero ningun cristiano ha tenido nunca una tarea como la que yo tengo. ¡A mi edad, sola y con tantos cuidados! Aun cuando fuera más diligente que el sol, más pronta que el agua y más fuerte que el fuego, no podría dar abasto á todo lo que hay que hacer en casa. ¡Ah! ¿por qué no vive aun la célebre vieja *Agua-verde*? Si pudiese oirme y quisiera socorrerme, acaso saldriamos, yo de tantos cuidados, y mi padre del mal estado en que se halla.

—¡Pues alégrate, que aqui estoy! interrumpió una voz.

Y Carlota vió delante de sí á la vieja *Agua-verde*, que la miraba apoyada en su cayada.

Al pronto la jóven tuvo miedo, porque la vieja llevaba un vestido que no se usaba en aquellos contornos; todo él consistia en un pellejo de rana cuya cabeza le servia de capucha, y estaba tan fea con su vejez y sus arrugas, que daba verdadero horror mirarla.

Sin embargo, Carlota hubo de sosegarlo bastante para preguntar á la vieja *Agua-verde* con voz un poco trémula, pero con política, si tenia algo que mandarla.

—Al contrario, vengo á que me mandes tú, replicó la vieja; he oido que te quejabas, y te traigo un remedio para salir de apuros.

—¡Ah! ¿Hablais formalmente, buena anciana? exclamó Carlota familiarizándose con ella al punto; ¿me traeis un pedazo de vuestra varita de virtudes para que el trabajo se me haga fácil?

—Te traigo otra cosa mejor, respondió la vieja; te traigo diez trabajadores que ejecutarán cuanto les mandes.

—¿Y dónde están? exclamó la jóven.

—Voy á enseñártelos.

Y al decir esto abrió su manto y salieron diez enanos de tamaños desiguales.

Los dos primeros eran muy cortos, pero muy anchos y robustos.

—Estos, la dijo, son los más vigorosos; ellos te ayudarán en toda clase de trabajo, dándote en fuerza la destreza que les falta. Estos que les siguen son más grandes y diestros; saben ordenar la vaca del establo, hilar el cáñamo y los demás quehaceres de la casa. Sus hermanos que ves aqui tan altos, son muy hábiles para manejar la aguja, como lo prueba el dedalito de cobre que llevan por montera. Estos otros dos, que llevan por cinturón una sortija, no podrán ayudarte á otra cosa más que al trabajo general, así como los últimos que están llenos de buena voluntad y de buenos deseos. Apuesto á que los diez te parecen poca cosa; pero vas á verlos trabajar para que juzgues.

Al decir esto, la vieja hizo una señal, y los diez enanos dieron un salto. Carlota les vió ejecutar sucesivamente desde el trabajo más duro hasta el más delicado, disponiéndolo y arreglándolo todo. Loca de contenta lanzó un grito, y estendiendo los brazos hácia la vieja, exclamó:

—¡Ah! Si me prestais esos diez trabajadores, no pido nada más al Hacedor del mundo.

—No te los presto, te los doy, replicó la vieja, únicamente, como no podrias llevarlos contigo cuando vas á cualquier parte sin que te acusaran de bruñería, los mandaré que se hagan más pequeños y que se oculten en tus diez dedos.

Cuando esto se efectuó, la vieja *Agua-verde* continuó:

—Ahora sabes qué tesoro posees; todo depende ya de tí. Si no sabes gobernar á tus pequeños criados, si los dejas entorpecidos en la holganza, no sacarás de ellos partido ninguno; pero dales una buena direccion para que no se duerman, no dejes nunca tus dedos ociosos, y el trabajo que tanto te espantaba se hará como por encanto.

La vieja habia dicho la verdad, y vuestra abuela, que siguió los consejos, logró, no solo restablecer su hacienda, sino tambien ganar una dote, á cuyo beneficio, se casó decentemente, y que la sirvió para educar á ocho hijos que tuvo en su matrimonio. Desde entonces es una tradicion entre nosotros que la abuela trasmitió los diez

trabajadores de la vieja Agua-verde á todas las mujeres de la familia, y que, á poco que estas ayuden, los pequeños trabajadores se ponen en movimiento, y por eso tenemos entre nosotros la costumbre de decir que en los diez dedos del ama se halla la prosperidad, la alegría y el bienestar de la casa.

Al pronunciar estas últimas palabras, el tío Prudencio se volvió hácia Marta. La jóven se puso encarnada, bajó los ojos y alzó su rueca.

Guillermo y su primo se miraron.

Toda la familia, silenciosa, reflexionaba en la historia del tío Prudencio. Cada cual trataba de penetrar su sentido, aplicándosele á sí mismo; pero la buena labradora habia comprendido la leccion que se la daba, porque la alegría habia vuelto á su rostro, el torno se movia rápidamente y desaparecia el lino de la rueca.

El lujo.

El lujo supone en nosotros el deseo de hacernos superiores á nuestros semejantes, y á veces hasta la idea de humillarlos con nuestro brillo, de oscurecerlos y picar su amor propio..... El lujo es una fuente de mil injusticias positivas y directas; sus consecuencias inmediatas son las de aislar al hombre y romper en su corazon los lazos de la caridad, porque extendiendo desmesuradamente sus necesidades y deseos, hace que las personas se concentren en sí, y no se ocupen más que de sí mismas. El que posee piensa demasiado en sus goces y placeres para que se acuerde de los infortunios ajenos; lejos de reservar alguna cosa para aliviar al indigente; léjos de hacer por él un sacrificio, encuentra que nunca tiene lo bastante para sí. El lujo destruye esa seguridad sobre el porvenir, tan necesaria á la tranquilidad de ánimo. Metidos en un tren de vida en desacuerdo con nuestros medios, conocemos esta verdad secretamente, y bien á pesar nuestro, lo cual es una espina atravesada que cada dia nos hace sufrir más. El año presente, léjos de preparar recursos al que debe seguirle, se lleva lo que á este corresponde y á veces lo devora todo. La pérdida de la independencia es una consecuencia de esta penosa situacion; feliz independencia, tan cara para toda alma noble! Aquel que la posee no teme el encuentro de sus semejantes, no baja los ojos en su presencia, y conserva toda la dignidad de su naturaleza; pero el imprudente perdido por el lujo, da derecho para que le humillen hasta los que le sirven sin recibir salario.



El campo de batalla.

La llanura está devastada por los pies de los caballos; los surcos de los campos se hallan sembrados de cadáveres, y el suelo todo inundado de sangre cristiana. En medio de los cadáveres, un jóven, cubierto de heridas, siente las convulsiones de la muerte; mira en derredor suyo con ojos estraviados y no vé más que los cuerpos sangrientos de sus hermanos.

Ni su padre ni su madre están á su lado para asistirle en su última hora; ni tiene un amigo que le lleve á la tumba, vertiendo una lágrima sobre su féretro.

A lo lejos se oye aun el galope de los caballos y el ruido de las armas. Los cuervos cruzan en los aires, cayendo de golpe sobre las víctimas de la guerra.

Una pobre madre desolada, aspira el viento que viene de la llanura lejana, y exclama tendiendo los brazos hácia una nube pasajera:

—«¡Oh! dime, dime, ligera nube, ¿has visto á mi hijo?»

La nube responde:

—«Pobre mujer, he visto á tu único hijo cubierto de heridas y de sangre; estaba solo, tendido en la húmeda tierra, y á su lado tenia á su caballo fiel. Cuando vi su pálido rostro, traté de protegerle contra los ardores del sol haciendo caer sobre su frente un fresco rocío, pero despues vinieron los cuervos que desgarraron sus miembros, y devoraron sus ojos azules.»

¡Qué horrible es la guerra!



Los tres amigos.

Un hombre tenia tres amigos, y á dos de ellos sobre todo los queria mucho: el tercero le era indiferente, á pesar de tenerle este mucho apego. Un dia fué acusado de un gran crimen ante la justicia, aunque inocente. «¿Quién de vosotros, dijo él, quiere acompañarme y de-

clarar en favor mio, pues pesa sobre mí una grave acusacion, y el rey está muy enojado?»

El primero de sus amigos se escusó al instante, prestando otras ocupaciones; el segundo le acompañó hasta la puerta del tribunal; paróse allí, y se volvió temiendo la cólera del juez; el tercero, que era con el cual ménos habia contado, entró, habló en favor suyo, y atestiguó su inocencia con tal conviccion, que el juez no solo le envió libre, sino que le premió.

El hombre tiene en este mundo tres amigos. ¿Cómo se portan á la hora de la muerte, cuando Dios le llama ante su tribunal? *El dinero*, su amigo predilecto, le abandona y no va con él. *Sus parientes y amigos*, le acompañan hasta la puerta de la tumba, y se vuelven á sus casas. El tercero, del cual con frecuencia se ha acordado ménos durante su vida, es su fé: ella sola le acompaña hasta delante de su juez, ella le precede, habla en su favor y encuentra misericordia y perdon.

Tengamos, pues, esa fé.



El hueso de una cereza.

Un niño muerde una cereza y arroja el hueso de la boca; un anciano recoge el hueso y le entierra á la vista del mozo.

Algun tiempo despues, este último pasa por aquel sitio, y ve ya que el hueso era un arbusto; el anciano estaba á su lado mondándole y resguardándole de todo lo que podria dañarle.

—¿Y para qué se toma ese trabajo? dijo para sí el jovencito.

Mas cuando ya era hombre, al pasar por el camino lleno de polvo, encuentra el árbol cubierto de fruta que le refresca, y comprende por fin la prudencia del anciano.

Todos hemos sido ese niño. ¡Cuántos proyectos abandonados, que una mano prudente se encarga de recoger! La mayor parte de los hombres viven á la casualidad sin pensar que el gérmen recogido dé una cosecha, y que la menor de nuestras acciones es *el hueso de una cereza*.

NOTICIAS.

El domingo 25 de Enero tuvo lugar en la iglesia de la Madera Baja la ceremonia de la Santa Cena, que no habia podido celebrarse el 1.º de Enero, como otros años, por la muerte de su jóven pastor, Sr. Carrasco. El acto tuvo lugar en medio del mayor recogimiento y de la mayor solemnidad. Invitado por la junta de dicha iglesia el Pastor Sr. Ruet, este dió la Cena, ayudándole el Sr. Alonso. Ciento cuarenta y siete personas han sido las que se han acercado á la mesa del Señor, cuarenta y cinco hombres, y las restantes, señoras.

¡Plegue á Dios que la iglesia de la Madera Baja pueda celebrar por muchos años este acto, y que le celebre con mayor número de miembros cada vez, miembros, no solamente en el cuerpo, sino en fé, en santidad y en espíritu!



Las iglesias cristianas españolas que se han asociado á nuestro dolor con motivo de la pérdida de nuestro malogrado hermano D. Antonio Carrasco han sido la de Sevilla, la de Barcelona, la de Camuñas, la de Bellas-Vistas y la de Alicante.



Tenemos en nuestro poder, desde hace dias, una protesta, firmada por los Diáconos de la iglesia de Córdoba, contra la iglesia de Irlanda. Como no estamos suficientemente enterados del asunto que motiva esta protesta, y como, por otra parte, no es nuestro ánimo inmiscuirnos en las cuestiones que pueden dividir á las iglesias, dando á la publicidad cierta clase de documentos, nos abstenemos de publicarla. Conste, sin embargo, que la hemos recibido.



Ha sido botado al agua en un puerto de los Estados-Unidos un buque-iglesia de hierro. Es por demás curiosa la forma de este buque de nuevo género.

Es plano por la parte inferior, en vez de terminar en quilla como los buques ordinarios, y la parte de popa es cuadrada. La proa tiene la figura de costumbre. La longitud total de este buque es de 23 metros 70 centímetros, y su latitud de siete metros.

En el centro de la iglesia está el púlpito, cubierto de terciopelo. La altura de la nave de la iglesia es de cinco metros 20 centímetros, y en su bóveda hay tres ventanas en forma de cúpula, destinadas á iluminar

el edificio. Hay sitio suficiente para colocar los bancos y las sillas correspondientes y una pequeña sacristía.

Delante de las puertas de entrada se ha dejado un espacio de dos metros para que los fieles no tengan que entrar inmediatamente en la iglesia al poner el pié en el buque.

No se sabe aún á punto fijo el destino que ha de darse á esta iglesia flotante, que podrá contener de 600 á 700 personas; pero, á no dudar, es una iglesia de propaganda, cuyo objeto es hacer prosélitos en toda la América del Norte.



El tribunal del almirantazgo francés ha terminado su sumaria sobre la colision entre los buques *Ville du Havre* y *Loch Earn* y ha pronunciado su veredicto. Este declara irreprochable la conducta del capitán Surmont y de la tripulacion de la *Ville du Havre* y atribuye la colision exclusivamente al *Loch Earn* por haber maniobrado contra toda regla del Código marítimo internacional.

Dícese que el capitán Surmont será nombrado comandante del vapor-correo *Ville de Paris*.



La servidumbre del Vaticano, segun su *Anuario Oficial*, se compone de 20 mayordomos, de cerca de 190 prelados domésticos, de cerca de 170 camareros secretos supernumerarios, de 6 camareros secretos de capa y espada; de 30 oficiales, constituyendo el estado mayor de guardia noble, y 60 guardias sencillos; de cerca de 120 camareros secretos de capa y espada supernumerarios; de 200 camareros de honor, vestidos de color de violeta; de cerca de 70 camareros de honor extra-urbanos; de 70 camareros de honor de capa y espada; de 14 oficiales de la guardia suiza y de la guardia palatina; de 7 capellanes de honor extra-urbanos, de 20 clérigos secretos y capellanes ordinarios y supernumerarios; de 10 intendentes, escuderos, trinchantes, etc.; de 50 ugiere efectivos ó supernumerarios; total, 1.160 personas, á las cuales importa agregar el sagrado colegio y los *monsignori* de curia que ascienden á 140.

Para vivir de limosna, no nos parece que ande el Papa muy escaso de servidores.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores de provincias, que hayan de remitir el importe de sus suscripciones á nuestro periódico, que siempre que puedan, lo hagan en libranzas y no en sellos, y sino pueden pasar por otro punto, que lo hagan en sellos de 10 céntimos de peseta. Cuando les falte algun número, tengan entendido que deben atribuir esta falta al correo, y no á nosotros, que hemos tomado las oportunas disposiciones para que lleguen los números todos á manos de nuestros suscritores. Direccion y administracion, Santa Isabel, 39, segundo.

LA LUZ

PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES.

LA Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

	Santa Isabel, 39, 2.º, derecha.
En Madrid.....	Madera Baja, 8. Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza....	Calle de San Jorge, cochera Ascobaretta.
En Valladolid..	Regalado, 5, Capilla evangélica.
En Cartagena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limon, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia....	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quiatana, 25.
En la Coruña...	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID.—1874

IMP. DE MANUEL G. HERNANDEZ
San Miguel, 23, bajo